

La **Q**uincena

política • sociedad • cultura

MTY

162
JUN/17

¡Javier Valdez vive!

*Eloy Garza González
Rosa Esther Beltrán
Francisco Gómez Maza
Red de Periodistas
del Noreste
CadhaC*

No sólo para Trump

Abraham Nuncio

Congreso Nacional de Estudiantes de Sociología

Lídice Ramos Ruiz

La Universidad Debe Transformarse

Víctor Orozco

Dámaso López y el mito de la hidra

Ernesto Hernández Norzagaray

Visión de niño

Víctor Alejandro Espinoza

Intolerancia en Texas

Raúl Caballero García

www.laquincena.mx

\$30.00



4607014057011

*Martín Ábrego Parra • Salvador (Chava) González • Lupita Rodríguez Martínez • Samuel Schmidt • Víctor Reynoso
Ileana Cepeda • Luis Valdez • Gerson Gómez • Eligio Coronado • Armando Hugo Ortiz*

Q

Director:

Luis Lauro Garza

Asesor de la dirección:

Gilberto Trejo

Relaciones públicas:

Yolanda (Flaka) Aguirre

Asesor legal:

Luis Frías Teneyuque

Arte y diseño:

Martín Abrego Parra

Fotografía

Rogelio (Foko) Ojeda

Servicio de internet:

Asael Sepúlveda

Distribución:

Luis Carlos Ramírez

La Quincena / revista mensual / junio 2017

Editor responsable: Luis Lauro Garza

Número de Certificado de Reserva otorgado

por el Instituto Nacional de Derecho de Autor:

04-2003-0828156343200-102

Número de certificado de Licitud de Título: 12926

Número de Certificado de Licitud de contenido: 10499

Incorporada al Padrón Nacional de Medios Impresos de

la Secretaría de Gobernación.

La Quincena es una publicación editada por Editorial La

Quincena S.A. de C.V., Serafín Peña 748 sur, Monterrey,

Nuevo León, C.P. 64000,

Tel. (81) 19352363.

Correo electrónico: laquincena@gmail.com

Página web: www.laquincena.mx

Impresión: Procesos Impresos, S.A. de C.V. Av. Alfonso

Reyes 3013, Fracc. Bernardo Reyes, C.P. 64280. Monterrey,

Nuevo León.

Distribuidor: Editorial La Quincena, S.A. de C.V.

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 Juan Rulfo atormentado

Eloy Garza González

6 No sólo para Trump

Abraham Nuncio

8 Congreso Nacional de
Estudiantes de Sociología

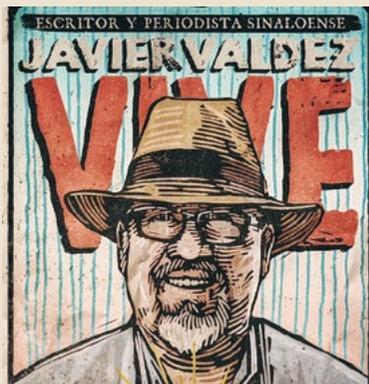
Lídice Ramos Ruiz

10 Javier

Eloy Garza González

11 No al silencio

Rosa Esther Beltrán Enríquez



12 ¿Quién mató a Javier Valdez?

Francisco Gómez Maza

14 Comunicado por el
asesinato de Javier Valdez

Red de Periodistas del Noreste

15 Cadhac exige protección
a periodistas y a la libertad de
expresión

16 La Universidad Debe
Transformarse

Víctor Orozco

18 Dámaso López
y el mito de la hidra

Ernesto Hernández Norzagaray

20 Cartones de Chava

21 Primer Banco
de Leche Humana

Lupita Rodríguez Martínez

22 Visión de niño /
La muerte no tenía permiso

Víctor Alejandro Espinoza

25 In memoriam
Juan Miguel de Mora

Samuel Schmidt

26 A don Othón Salazar

Eloy Garza González

28 Irresponsables, insatisfechos
y no saben lo que quieren

Víctor Reynoso

29 Cuentos de madrugada IV

Ileana Cepeda

30 Intolerancia en Texas

Raúl Caballero García

32 Miguel N. Lira y La Caprichosa

Eloy Garza González

34 Nostalgia de las utopías

Luis Valdez

35 El Oro de los Tigres, VI

Gersón Gómez

36 ENTRELIBROS

Eligio Coronado

38 Con su pistola en la mano

Armando Hugo Ortiz

Visión de niño / La muerte no tenía permiso

Víctor Alejandro Espinoza



Tijuana.- Eso de ser niños, no es nada fácil. Bueno depende desde el mirador social que se tenga. La imagen idílica de niños “Gerber”, bien alimentados, rubios y queridos es eso: una ilusión para un país de morenos, desnutridos y malqueridos. Nuestro país ocupa el primer lugar mundial en obesidad infantil; somos el primer lugar también en consumo de refrescos, según algunas fuentes; para solo mencionar dos indicadores de bienestar.

La condición infantil en general depende de la clase social a la que se pertenece. Esta etapa de la vida, como otras, se vivirá mejor o peor según la pertenencia de clase. Ya ha sido demostrado que la educación dejó de ser fuente de movilidad social en nuestro país desde hace tiempo. La única posibilidad de pertene-

cer a una clase que disfruta de bienes y buena condición de vida es la herencia o la corrupción. Algunos agregarán, que la pertenencia al narco.

En gran medida la imagen de consumo de las clases medias y altas en el país a través de redes sociales, sobre todo Facebook, es el del mundo idílico donde todos los niños (y adultos) son felices. Estamos reproduciendo una “sociedad selfie”, que genera frustración y resentimientos en quienes no son felices, así sea de manera virtual. Los niños son un buen objeto en este frenesí clasemediero por presumir: aunque sea a los llamados.

Pero los niños también opinan, también se rebelan ante lo que están viviendo y padeciendo. No, esto no es Finlandia, ni Noruega, ni ningún país de Eu-



ropa, donde el Estado ofrece mínimos de bienestar. Esto es América Latina, México, país pobre, de tercero o cuarto mundo.

País enlodado por la corrupción, el miedo ante la inseguridad galopante, una sociedad terriblemente desigual e injusta; donde la clase política en las últimas décadas se ha creído que desmantelar las instituciones públicas es el camino al progreso.

En el que se presumen los logros educativos pero las escuelas continúan destastaladas, funcionando porque los maestros no dejan que se caigan las paredes, donde se carece de todo, menos de los discursos de los funcionarios mediocres o de los líderes sindicales charros. Ese es el México que les ha tocado vivir a nuestros niños.

Una encuesta que ha circulado en la última semana y que se llama “Niños, ¿qué opinan de los políticos? La primera encuesta de la generación Z en México”, arroja resultados interesantes. Todo indica que el sondeo se levantó en tres ciudades: Guadalajara, Monterrey y Ciudad de México.

Sin entrar a cuestionar la metodología, solo resalto algunos de sus hallazgos. El 45% de los niños dijeron que su mejor deseo para el día del niño era que le hubiera pasado “algo bueno a México” y el 41% ver a “sus papás contentos”. Sin duda, familias disfuncionales, más país disfuncional, arrojan esos deseos infantiles.

Cuando se les pregunta de qué creen “que está enfermo” su país, las respuestas son bastante claras: 36% considera

que de corrupción, 21% de desigualdad, 20% de crímenes y 18% de pobreza. Ante la solicitud de calificar la labor del presidente, el 66% piensa que Enrique Peña Nieto está haciendo un “mal trabajo”, mientras que un 29% considera que realiza un “buen trabajo”. Para el 32% de los entrevistados la política es “muy importante”, mientras que el 39% considera que es “algo importante”.

Quienes piensan que la política es “poco importante” suman el 20%. Sobre sus preferencias para el futuro presidente de México, la mayoría se decanta por Margarita Zavala, con un 33%, mientras que por Andrés Manuel López Obrador, lo hacen el 17%. En familia se discute medianamente sobre el futuro electoral y quién podría ocupar el cargo de presidente: el 45% lo hace, mientras que el

54% no lo aborda.

Los niños mexicanos enfrentan un futuro incierto. Muchas de las certezas con las que crecimos se desvanecieron: el sueño educativo se clausuró para las familias pobres y de clase media. Sólo los niños de familias ricas ven un futuro promisorio. Tal como observamos impávidos los relatos y *selfies* en *Facebook*.

La muerte no tenía permiso

En mi infancia las noticias de asesinatos cimbraban a la comunidad. La información corría como “reguero de pólvora” por todo el pueblo. La mayoría de los teacatenses conocía al muertito y entonces la tragedia tenía nombre y apellidos.

Estoy hablando de los homicidios, aunque las “muertes naturales” también eran motivo de comentarios y congojas: todo mundo lamentaba el deceso y se apuntaba al velorio.

La muerte era vista como un acontecimiento y una tragedia. Todos nos sorprendíamos por la pérdida. Conocíamos a los difuntos, la mayoría de las ocasiones resultaba pariente o alguien con quien se coincidía. Un asesinato con estas características implicaba darle rienda suelta a la imaginación. Nos convertíamos en una suerte de investigadores privados dispuestos a resolver el enigma.

Desde luego que hubo agentes privados o quienes se convirtieron en detectives ante la necesidad de resolver los intrincados casos. Uno de ellos fue Anselmo Cota, apodado “El Toro”. Un día supimos que un joven de nombre Evencio había sido encontrado por el rumbo de las vías del tren.

Entonces, Anselmo, quien al parecer ya fungía como agente honorario de policía (así lo recuerdo, pues al menos vestía cachucha y cachiporra de los cuerpos de seguridad), tomó el caso en sus manos y días después se supo que había dado con el paradero de los asesinos de las vías del tren.

Los acontecimientos eran relatados puntualmente en el único medio de comunicación que se mantuvo por décadas. *La Semana*, cuyo director, comercializador, editor, reportero y distribuidor, era el señor Alberto Ahuja Cosío.

A falta de acontecimientos, la sección de sociales se nutría de la reseña de los días de campo de las familias pudientes del pueblo; o de las fiestas y otros esparcimientos de la gente de relumbrón. Pero si había muertito, la edición del semanario se agotaba.



Encontrar el periódico era una odisea, aunque si era necesario el señor Ahuja resurtía en la librería que se encontraba enseguida del mítico Bar Diana, frente al Parque Hidalgo.

Entonces no era tan boyante el negocio de las funerarias; sólo recuerdo la que se ubicaba por la Calle Hidalgo, casi enfrente de la Iglesia de Guadalupe, en la zona centro. Todo funeral que se respetara era de velación de toda la noche, nada de cerrar a las 12. Entonces circulaba buena cantidad de alcohol, muchas veces como piquete en un vaso de café.

Los hombres se reunían fuera a contar chistes y las risas se escuchaban al interior de la capilla donde las mujeres lloraban y rezaban cada cierto tiempo un rosario. Tampoco se acostumbraban las cremaciones, nada de eso, el cuerpo completito y después de la misa al único cementerio de entonces ubicado al pie del Cerro de la Panocha.

Hubo plañideras famosas; recuerdo en todo momento a Amparito, que siempre acudía a los velorios, conociera o no al difunto. Se dice que ella “quedó mal” a raíz de que en un viaje al sur se le extravió su mamá en una central de autobuses. Llegaba, se persignaba una y mil veces, lloraba un poco, echaba la bendición y se iba.

La llegada de funerarias fue alejando la mala costumbre de velar los cuerpos en las casas. El trauma para los ni-

ños era inconmensurable. Recuerdo que en la casa de mis abuelos fueron velados algunos parientes. El terror se apoderaba de los pequeños.

Muchos años después me moría de miedo al quedarme solo en la sala de los abuelos o cuando me enviaban a “prender” la luz (que no sé por qué razón el apagador se encontraba en medio de la habitación).

Tampoco comprendí por qué mi primo José Quiñones decidió ser embalsamador y trabajó como tal por décadas en la Funeraria González, de Tijuana. Cuando lo llegaba a ver sentía un gran respeto y me sorprendía su valor para “preparar cuerpos” para la velación y posterior inhumación. Me lo imaginaba de noche trabajando en solitario y me parecía una labor increíble.

Hoy, ante la “muerte sin fin”, la “difícil costumbre” de acostumbrarnos a la violencia y a la degradación; ante los miles de muertos que son realidad en este país, creo que por desgracia se cumple lo dicho por el personaje del célebre cuento de Edmundo Valadés, a propósito del asesinato del presidente municipal de San Juan de las Manzanillas: “La muerte tiene permiso”.